

## BALMA

Cuando falleció su madre, Antonio había perdido la cuenta de los años transcurridos desde que recorrió el Camino de Santiago por primera vez. Recordaba que en aquél entonces aún no había terminado la carrera y que eran pocos, muy pocos, los peregrinos que se atrevían a cruzar la península con una arcaica mochila al hombro y unas chirucas a sus pies. Muchos menos eran los que venían desde otros países, aunque la devoción jacobea no se extinguió nunca en los países europeos de tradición católica.

De aquellas semanas de Camino, desde los primeros pasos dados entre las nieblas de una fría mañana en Roncesvalles, conservaba muy gratos recuerdos.

Si a sus veintipocos algo le atraía, eran tres cosas. Los sarcófagos medievales, el buen vino, y las mujeres. No necesariamente en ese orden. Así pues, no fue de extrañar que ese Camino durara dos meses por culpa principalmente de las buenas libaciones, y también, de los desmesurados afanes a los que se empeñaba cuando en alguna iglesia o catedral, intuía que podía existir alguna tumba, algún sarcófago, que pudiera ser de su interés.

Así, cuando llegó a Pamplona, no dudó en esperar un par de días para conseguir una entrevista con un pariente muy muy lejano, miembro del Cabildo Catedralicio, quien le permitió pasar horas y horas toqueteando, dibujando y midiendo el sepulcro de los monarcas Carlos III El Noble y su esposa Doña Leonor de Castilla. El rey, buen amante del arte y la cultura, hizo venir a Jehan Lome desde la lejana ciudad belga de Tournay quien en 1413 empezó a tallar el duro alabastro que configuraría el mausoleo real. Durante seis años, los

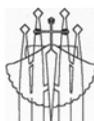
cinceles dieron forma no sólo a las yacentes figuras reales, sino también a otras 28 figuras plañideras que circundan esa obra maestra del arte gótico funerario.

Otro hito importante fue la iglesia del Santo Sepulcro de Estella, en pleno Camino de Santiago y dando la bienvenida a la ciudad. Allí no existía más sepulcro que contemplar que el del lamentablemente conservado tímpano de la portada Norte de la iglesia. Consiguieron que unos granjeros de las cercanías le prestaran unas desvencijadas escaleras de madera hasta encaramarse a contemplar el pequeño sepulcro vacío que descubren las mujeres tras la resurrección de Cristo, y con minucioso proceder, tomó nota con todo lujo de detalles de los tres pequeños soldados romanos que yacen dormidos recostados en el mismo con sus cotas de malla y sus armas.

Se emocionó ante el sepulcro de Alfonso VII en las Huelgas Reales de Burgos; ante la sencillez del de Alfonso VI en las benedictinas de Sahagún, y sobre todo, se le abrió un mundo de imaginación y de investigación ante el interminable "almacén" que le ofrecía la iglesia de Santa María la Blanca de Villalcázar de Sirga o el monasterio de San Zoilo en Carrión.

Mientras se internaba en un exuberante Bierzo, dejó atrás cualquier preocupación profesional. Se sentía seguro con su decisión, era un buen estudiante, le apasionaba el arte y sabía que disponía de una brillante mente que le llevaría a dirigir -con los años- algunos de los más interesantes proyectos de restauración y rehabilitación del patrimonio gótico nacional.

Liberada la mente, el destartado albergue que le dio hospitalidad en Villafranca del Bierzo le pareció un palacio y fue allí, donde por primera vez, se dio cuenta de que no estaba solo en ese Camino de Santiago. De que al andar con regularidad cada día, sin pararse a contemplar más piedras que las de los bares, su paso se había acompasado a otros peregrinos.



Con la musicalidad del conxuro del hospitalero y ante una queimada que distorsionaba ángeles y demonios, los verdes y profundos ojos de la peregrina que se llamaba Balma, se posaron dulcemente en él.

A partir del día siguiente, sus pasos y sus corazones se acompasaron al ritmo del Valcarce, en la tempestad de la subida al Cebreiro y la cálida acogida en una humilde palloza, entre los castaños y robles, en corredoiras y regatos, entre maizales y verdes prados... hasta las más firmes promesas en el abrazo al Apóstol.

Cada uno volvió a su ciudad. Y aquellas cartas en la que ella le contaba que estaba embarazada, o que su hija Balma ya había nacido, nunca llegaron a sus manos.

Y ahora, fallecida su madre, vaciando cajones y contemplando viejas fotografías de su infancia, esas amarillentas cartas han caído a sus manos y al leerlas, su corazón se ha visto empujado como por un resorte a largarse al Camino, a recorrer de nuevo aquellas trochas donde latieron los primeros instantes de vida de su desconocida hija.

Goretex, polartec, y similares son palabras ajenas a su vocabulario actual, pero no le cuesta demasiado salir perfectamente equipado de una tienda cercana y descender del tren en Ponferrada junto con un bullicioso grupo de scouts, tres hermanas inglesas de buen ver, y otra media docena de peregrinos solitarios con cara de despistados en busca de la primera flecha amarilla.

Él se lo toma con filosofía, a sus cincuenta y largos, y sin practicar ningún deporte, no está para demasiadas prisas. Desayuna en la chocolatería de toda la vida y se dirige tranquilamente hacia Cacabelos pero huye como alma llevada por el diablo ante la marabunta de gente que se está bañando en la playa fluvial del Clua. Un minuto de respiro para contemplar la pequeña imagen del Niño Jesús jugando a las cartas con San Antonio en el Santuario de la Virgen de las Angustias y sus pasos firmes le llevan una

vez más al mismo albergue de Villafranca del Bierzo.

No se parece en nada al albergue de sus recuerdos, pero sí que es la misma la musicalidad del conxuro del hospitalero ante una queimada que distorsiona ángeles y demonios. Y como en un espejismo, también parece adivinar, los verdes y profundos ojos de una peregrina que hace años se llamaba Balma.

No le cuesta nada al veterano peregrino seguir los pasos de la joven veinteañera, hacerse el encontradizo con ella, pagar una ronda a su grupo de amigos,... Desde el silencio de su corazón, contempla sus gestos, su sonrisa franca, su cara cuadrada, su forma de andar, su mirada penetrante,... Todos esos detalles, incluso el deje en el habla, le recuerdan a esa peregrina que se llamaba Balma.

A la joven le llaman Nina, y a medida que se acercan a Santiago, ella también busca la compañía del veterano peregrino, hablando de lo divino y de lo humano, o sencillamente, marcando un acompasado paso en la subida al alto del Rosario o en el descenso a Boente; y carcajean divertidos confesando su adicción común a las almejas y a los pimientos de Padrón, y por supuesto, al buen vino.

En el atardecer de Salceda, mientras una fina lluvia apenas roza el suelo, Nina le cuenta lo que él venía intuyendo. Que su madre fue peregrina veintitrés años atrás, que volvió embarazada del Camino, y que lo único que sabe de su padre, es que se llamaba Antonio.

A Antonio, se le ahoga la voz y disimulando las lágrimas en la oscuridad del crepúsculo, le pregunta:

-Nina, ¿cuál es tu nombre de verdad, el del bautizo?

Y Nina, ajena a la situación, con la mirada puesta en el infinito, le contesta:

Balma, como mi madre.

Gloria

**Pág. VII**

